



Edmundo de Amicis

Vanidad *

Ayer fui a pasear por la ronda de Rívoli con Votini y su padre. Al pasar por la calle Dora Grossa, vimos a Stardi, el que no permite que le distraigan en clase, parado, muy tieso, delante del escaparate de una librería con los ojos fijos en un mapa. Sabe Dios desde cuándo estaría allí, porque estudia hasta en la calle; apenas si nos devolvió el saludo que le dirigimos.

Votini, como siempre, iba muy elegante, quizás demasiado; llevaba botas de tafilete con pespunte encarnados, un traje con bordaduras y borlitas de seda, un sombrero de castor blanco y reloj. ¡Había que ver el postín que se daba el chico! Pero esta vez iba a acabar mal su vanidad.

Después de haber andado buen trecho por una calle, dejando muy atrás, a su padre, que andaba despacio, nos detuvimos en un banco de piedra, junto a un chico modestamente vestido, que parecía cansado y estaba pensativo, con la cabeza gacha. Un hombre, que debía ser su padre, paseaba bajo los

árboles leyendo un periódico.

Nos sentamos. Votini se puso entre aquel chico y yo. De pronto se acordó de que iba muy majo y quiso que le admirara y envidiara su vecino.

Levantó un pie y me dijo:

-¿Te has fijado en mis botas de militar?

Lo dijo para llamar la atención del otro chico. Pero éste no miró.

Entonces bajó el pie, y me enseñó las borlitas de seda, diciéndome, mirando de reojo al desconocido, que no terminaban de gustarle y que prefería botones de plata. Pero el otro chico tampoco se fijó en las borlitas.

Votini se puso a hacer girar sobre la punta del dedo índice su precioso sombrero de castor blanco. Mas el otro parecía que lo hiciese adrede y ni siquiera se dignó dirigir una mirada al sombrero.

Votini empezaba a enfadarse, sacó el reloj, lo abrió y me enseñó la maquinaria. Tampoco volvió esta vez la cabeza el vecino del banco.

-¿Es de plata dorada? -le pregunté.

-No, hombre -me respondió-. Es de oro.

-Pero no será todo de oro -le repuse-; tendrá también algo de plata.

-¡No, no! -replicó; y para obligar al otro chico a mirar, le puso el reloj delante de sus ojos, diciéndole:

-Oye, tú, fíjate, ¿verdad que es de oro?

El interpelado respondió secamente: -No lo sé.

-¡Vaya, vaya! -exclamó Votini lleno de rabia-. ¡Qué soberbia! Mientras decía esto, llegó su padre, que había oído su expresión. Miró fijamente al niño desconocido y dijo bruscamente a su hijo:

-¡Cállate! -E inclinándose a su oído, añadió: -¡Es ciego!

Votini se puso de pie de un salto y miró la cara del muchacho. Tenía las pupilas apagadas, sin expresión, sin mirada.

Votini se quedó anonadado, sin palabra, con los ojos bajos. Después balbuceó:

-¡Lo siento; no lo sabía!

El ciegucecito, que todo lo había comprendido, dijo, sonriéndose bondadosa y melancólicamente:

-¡Oh, no importa!

Ciertamente Votini es vanidoso; pero después de todo no tiene mal corazón. Durante el resto del paseo no se volvió a reír.

* Tomado del libro Corazón

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

